

Fervor.¹

Las cosas están ahí, yertas, “*son nada sin la Exaltación que inspira a la palabra del poeta*”.²

La piedra que me siguió

Julio 9, 2011. Sábado.

Por primera vez, en compañía de tres amigas, visitamos nuestra reciente adquisición: el predio del futuro Parque de Estudios y Reflexión Paravachasca. Allí, un grupo de amigos está cortando la maleza para facilitar las tareas de agrimensura.

Posteriormente vamos al río, en Villa San Isidro, a compartir unos mates.

El sol brilla, el aire está frío; a poco de llegar a la costa del río, sobre el pasto, descubro una piedra singular: tiene forma de mano de mortero (imaginen una morcilla), está muy pulida, compuesta granito negro, claro y, predominantemente, un fondo amarotado. Advierto que no corresponde a ninguna piedra serrana, a las que he observado, y tocado, desde mi niñez. La tomo y la conservo en mis manos hasta que nos sentamos en una gran roca a conversar y compartir una merienda.

Ha llegado la noche, el frío es intenso y, sin embargo, un bienestar emotivo prolonga nuestra charla por largo tiempo, sentados en la gran roca helada.

En la oscuridad regresamos al auto y en ese momento caigo en cuenta de que he olvidado la piedra en donde estábamos sentados. Resistiéndome a regresar en la oscuridad me resigno a dejarla y regresamos a Córdoba.

Julio 10, 2011. Domingo.

Abro la puerta del auto para salir. Allí, sobre el piso, junto a la pedalera está la piedra. Mi razón patalea y discute con la memoria. No hay caso. Ayer, al subir al auto, y así lo manifesté a mis amigas en voz alta, había olvidado la piedra junto al río.

¹ Fervor, efervescencia, ardor.

² Silo (2004). *Mitos indios en Mitos raíces universales* incluido en *Obras Completas Vol 1*. Plaza y Valdés. Buenos Aires. pp 349.

Durante meses la llevé, con permanente incomodidad, en un bolsillo (tomando en cuenta que su peso supera el medio kilo); dando la oportunidad a las personas, con las que compartía mis actividades cotidianas, de divertirse a mi costa con todo tipo de chanzas y burlas.

Finalmente decidí enterrarla en el Parque Paravachasca, en un preciso sitio en el que solía hacer una meditación simple, a la medianoche, encontrándome con el Silo-Guía y con la muerte.

Nos anhelamos; llegará un momento de re-uniión.

La bombilla y la roca

Febrero de 2017. Sábado.

Luego de una agotadora mañana de trabajo físico en el Parque Paravachasca, vamos al río a refrescarnos junto a Lucas y Gisela. Después de estacionar el auto, caminando por el césped rumbo al agua, señalo a Gisela (una de aquéllas tres amigas del 9 de julio de 2011) la gran roca en la que nos habíamos sentado a tomar mate y conversar aquél día que, además, fue el día en que nos conocimos. Ella, que es miembro del “Club de refutadores de leyendas”³, responde que no es posible que yo recuerde la fecha, y mucho menos que reconozca a la piedra en la que nos sentamos. – *Son todas iguales*, afirma. Respondo que se sienten diferente.

Ya sentados en el agua, a la sombra de un gran árbol, me dispongo a preparar el mate, pero la bombilla no está. – *Te la olvidaste*, dicen mis amigos. No, no la olvidé, estoy seguro. Regreso al auto y no la encuentro; entonces hago el mismo recorrido inicial, desde el auto hasta el río. Al pasar junto a la gran roca del 9 de julio veo a la bombilla sobre el césped. Posteriormente reviso mi bolso pues, inferí, ha de tener un agujero; no lo había; la bombilla habría de, literalmente, haber saltado para salirse. Tal vez, después de casi seis años, tenía ganas de estar con la roca otra vez.

³ Una simpática creación de Alejandro Dolina en el libro *Crónicas del ángel gris*.

Precuela

Aquellos días de 2011 quedaron fuertemente grabados en mi memoria, no sólo por lo que sucedió ese fin de semana (9 y 10 de julio) sino que ya, el viernes anterior (8) recibí dos “bombazos”, muy diferentes entre sí, pero que contribuyeron a fijar la memoria.

Ese viernes, a la noche, durante una reunión, en mi casa, del Mensaje de Silo, al realizar la Experiencia de Bienestar, más precisamente en la segunda parte (en la que se invita a tomar contacto con “aquellos seres muy queridos que, no estando en este tiempo y en este espacio, se vinculan con nosotros...”); ahí, inesperadamente se me apareció mi abuelo paterno, a quien no conocí (salvo por alusiones indirectas: relatos de mi padre y fotografías) y quien no parecía ocupar un espacio muy relevante en mi memoria. Allí estaba, callado frente a una fogata, en una playa nocturna, con su camisa de mangas cortas y a cuadritos. Ernesto. Me acerqué desde atrás, sin saber quién era... y cuando lo reconocí ¡Bum! el bombazo emotivo...

Más tarde, concluido el encuentro, salimos con Carlota, a quien ofrecí llevar a su casa. Esperaba encontrar mi auto en la puerta de mi casa ¡pero no estaba! Otro bombazo, claro, de un tipo muy diferente al anterior. Después de unos segundos de zozobra recordé haberlo estacionado en otro lugar. Pero el impacto quedó por largo rato, siguiendo al anterior. Y al día siguiente, y subsiguiente, la Piedra. Difícil de olvidar.